

via otros descubrimientos que comprometían igualmente la revelación. Un solo argumento ha quedado ya á los defensores de la divinidad del Cristo, el de que Él mismo se llamaba Dios, y que es necesario, por consecuencia, honrarle como tal ó decir que era un impostor. Los unitarios del siglo XVI responden que en ninguna parte proclamó Jesucristo de una manera clara y explícita su divinidad, y parece que *Erasmus* era de su opinión (1).

Los reformadores acusaron de timidez á *Erasmus*: Lutero decía que no era más que un humanista llamado á preparar la Reforma, pero que no tuvo el valor de asociarse á sus luchas (2). El mismo juicio se formula en general sobre el Renacimiento; pero es más exacto decir que el Renacimiento excedía del protestantismo: había entre los letrados un elemento racionalista, mientras que los reformadores anulaban la razón para atraer á los hombres á una fe ciega. Si pudiera quedar alguna duda acerca de la tendencia de los humanistas, bastaría, para desecharla, comparar el concepto que se formaban de la vida con la concepción cristiana. Los protestantes como los católicos, y aún más que éstos todavía, condenan la naturaleza y no ven salvación sino en la gracia. El clamor de los humanistas, por lo contrario, es la máxima de los antiguos: *sequi la naturaleza*. Esta tendencia es tan irresistible, que se la encuentra entre los letrados que fueron mártires de su fe: "Los Utopienses, dice *Tomas Morus*, definen la virtud: *vivir según la naturaleza*. Dios, al crear al hombre, no le dió otro destino... De esta doctrina deduce *Morus* una moral que ha sido comparada á la rehabilitación de la carne; y no era una opinión aislada (3): la *Utopía* excitó un entusiasmo universal entre los humanistas, y ni una palabra de crítica se dirigió contra su teoría de la felicidad. Estos sentimientos anticristianos encontraron un representante en uno de los grandes ingenios del siglo XVI, tan fecundo en genios. En *Rabelais* llegó á su término la reacción contra el cristianismo de la Edad Media. Los doctores católicos y reformados maldecían la naturaleza; según ellos, el hombre nace presa del

(1) HAGEN, *Deutschlands literarische und religiöse Verhältnisse im Reformationszeitalter*, t. III, p. 251.

(2) LUTHER, *Epist.* (DE WETTE, t. II, p. 498, 352).

(3) Era la opinión de LAURENT VALLA (BAYLE, h. v.) y del filósofo aristotélico NIPRUS (RITTER, *Geschichte der Philosophie*, tomo IX, p. 381).

demonio, y el mundo entero es el dominio de Satanás. El autor de *Gargantua*, por lo contrario, dice como Rousseau: el hombre es bueno; y lejos de mutilar su naturaleza, hay que desarrollarla enteramente. Los cristianos de la Edad Media no encontraban refugio contra las tentaciones del diablo sino dentro de los muros de un claustro; *Rabelais* tiene también su abadía, pero el único voto que en ella se hace es el de ser libre y feliz (1). Esto no impide á *Rabelais* llamarse buen cristiano; lo era, mas á la manera de Voltaire.

La concepción que los letrados se formaban de la vida muestra mejor que sus doctrinas religiosas el lazo que los une con la humanidad moderna, y al propio tiempo nos explica por qué no pudo el Renacimiento prevalecer sobre la Reforma. El Renacimiento conduce al racionalismo, y en sus extravíos al materialismo y á la incredulidad. Ahora bien, la humanidad necesitaba una religión y no una doctrina de negación: por esto tuvo poder Lutero para remover al mundo, mientras la acción de Erasmo quedó concentrada en el círculo siempre estrecho de los hombres de letras. Los humanistas se preocupaban muy poco de las necesidades religiosas de las masas; tenían el orgullo de la ciencia; y satisfechos con emanciparse de las creencias supersticiosas de la Edad Media, las dejaban de buena gana al pueblo, y en caso necesario las explotaban en su provecho. Sin la Reforma habría quedado la humanidad en las cadenas de Roma, aún cuando el trono pontificio hubiera estado rodeado de libres pensadores. Lutero emancipó, pues, el espíritu humano rompiendo las cadenas que le había impuesto la Iglesia. Pero el protestantismo no daba, de otra parte, satisfacción á una necesidad tan imperiosa como la fe, la del libre pensamiento; el Renacimiento sirvió á este fin como protesta contra la dominación tiránica de la fe y contra el elemento supersticioso del cristianismo. Hé ahí por qué los reformadores no absorbieron á los humanistas. Gracias á la coexistencia del Renacimiento y de la Reforma guardó la humanidad el sentimiento religioso, sin abdicar la libertad del pensamiento; y día llegará en que los dos movimientos se unan en una superior armonía que satisfaga juntamente á la fe y á la razón.

(1) «En su regla no había más que esta cláusula: *Haz lo que quieras*» (*Gargantua*, lib. I, c. LVII).

## LIBRO CUARTO

### LA REFORMA

## CAPÍTULO PRIMERO.

### CONSIDERACIONES GENERALES.

#### § I.—Apreciación de la Reforma.

Casi todos los juicios que se han formulado sobre la Reforma han sido inspirados por la pasión, por el espíritu de partido, por las preocupaciones de fe ó de raza. Si el catolicismo ha suscitado una oposición que entre los libres pensadores ha llegado hasta el odio, también ha encontrado ardientes defensores; y sus propios enemigos, los filósofos y los protestantes, han acabado por hacerle justicia. No así con la Reforma; los ortodoxos y los incrédulos se unen para censurarla; encuentra adversarios en todas partes, y en ninguna tiene amigos. No carece de interés echar una ojeada sobre las apreciaciones de que ha sido objeto el protestantismo, porque ellas nos revelarán el punto característico de la revolución religiosa que abre la era moderna.

Comprendemos el odio inmortal de los partidarios de Roma contra la obra de Lutero y de Calvino, porque la Reforma rompió la unidad católica, separó de la Iglesia una gran parte de la cristiandad, ha quebrantado la fe en el cristianismo histórico, y en nuestros días la vemos darse la mano con la filosofía. ¡Qué de motivos para que los ul-

tramontanos detesten la revolución del siglo XVII! La oposición durará mientras haya una Iglesia que se dice fundada en las palabras del Hijo de Dios. Imposible es que los católicos hagan justicia á las confesiones rivales de la fe revelada: poseedores de la verdad absoluta, han de ver en todas las demás creencias la obra del error y del engaño; y como creen en una personificación del mal, atribuyen al diablo la rebelión de Lutero. Bajo este punto de vista, se considera á los hombres que presidieron á la renovación religiosa del siglo XVI como agentes del infierno: los ultramontanos no se avergüenzan de emplear estos furiosos ataques en pleno siglo XIX (1). En cuanto á los católicos moderados, alimentan la esperanza de que tendrá un término la revolución que ha separado á sus hermanos protestantes de la Iglesia. Uno de los grandes genios que honran á Francia dió el ejemplo de la moderación que se esfuerza por calmar

(1) El abate ROHRDACHER dice crudamente que Lutero estaba poseído del diablo (*Histoire de l'Église catholique*, t. xxiii, página 3 y 7).—AUDIN hace de Calvino un impostor más trapace-ro todavía que Mahoma: la historia, dice, no lo conoce más criminal.

las pasiones á fin de aproximar los hijos de un mismo Dios. La obra de *Bossuet* ha sido de nuevo emprendida en nuestros días con más ciencia, pero con ménos caridad, por un teólogo cuyo nombre es respetado en Alemania. *Moehler* dice que los protestantes se fundaron en los abusos de la Iglesia, como si estos abusos le fueran inherentes, y que se han prevalido de la exposicion de la doctrina católica bajo la forma escolástica, como si esta exposicion fuera la verdad ortodoxa. Tal es, segun el teólogo alemán, el único principio de la Reforma: sin la confusion de lo que hay de individual y de permanente en la Iglesia no habria habido protestantismo, y no subsiste sino por esa confusion (1).

Podria creerse que los libres pensadores debian ser favorables á una revolucion que ha destruido el poder de la Iglesia. ¿No debía ser motivo para que los filósofos simpatizaran con los enemigos de Roma el odio de los católicos contra los reformadores? Pues no lo ha sido ciertamente. Un escritor protestante ha hecho notar que el tono de *Voltaire* es amargo cuando habla del catolicismo y menospreciador cuando habla de la Reforma (2). En efecto, nada más despreciativo que el juicio de *Voltaire* sobre los orígenes del protestantismo: "Un mezquino interés de monjes, que se envidiaban por la venta de las indulgencias, encendió la revolucion. ¡Si todo el Norte se separó de Roma, fué porque se vendía demasiado cara la liberacion del purgatorio á las almas cuyos cuerpos tenian entonces muy poco dinero!" (3). Esta antipatía de los libres pensadores hacia una revolución que ha combatido y debilitado al papado no es, como pudiera creerse, una inconsecuencia. El menosprecio de *Voltaire* se funda en una recta apreciacion de uno de los elementos del protestantismo. En su primera manifestacion, fué la Reforma un renacimiento del sentimiento religioso; y lejos de pactar con la razon, la reprobó con más violencia que la Iglesia, sobrepusó al catolicismo en los dogmas más contrarios al buen sentido, y reprimió y venció temporalmente el espíritu de incredulidad que habia invadido á las clases elevadas. Por todos estos títulos, la Reforma era tan enemiga de los filósofos

incrédulos como de Roma. Hay que añadir que la filosofía se avenía mejor con el catolicismo que con la confesion de Lutero, porque aquél deja algun campo al elemento humano, mientras el protestantismo conduce á negar, tanto la libertad como la razon, lo cual debe parecer á los libres pensadores el colmo del absurdo.

La Reforma es, bajo cierto respecto, una revolucion nacional. Nacida en Alemania, ha sido en la raza germánica donde ha encontrado sus más devotos partidarios; la raza latina ha quedado casi extraña á ese gran movimiento del espíritu humano. Ha habido para esto más de una razon. En un sentido, las aspiraciones de los pueblos del Mediodía excedian del protestantismo; y nada lo prueba mejor que el carácter que tomó la revolucion del siglo XVI en Italia: los reformadores italianos llegaron desde el principio á una doctrina extrema, á una especie de racionalismo que no tenia de cristiano más que el nombre; y como el catolicismo teórico satisfacía más á la razon que la Reforma, se concibe que la confesion de Lutero encontrara pocas simpatías en las clases letradas. En cuanto á las masas, la religion romana no habia sido jamás sino paganismo revestido de formas cristianas; y un culto exterior que se confundia con el arte tenia más atractivo para las naciones meridionales que la religion interior y severa de los reformadores de Alemania. Un poeta ilustre se ha hecho el eco de la antipatía que sienten estas naciones hacia la Reforma: el catolicismo, dice *Schiller*, es la religion de los artistas; el protestantismo es la religion de los tenderos. Si se considera, además, que el individualismo inspiró á los reformadores, mientras el genio latino propende á la unidad, se comprenderá por qué ha sido rara vez apreciada con equidad en Francia la revolucion del siglo XVI. Casi tanto menosprecio como las burlas de *Voltaire* respira el juicio de *Chateaubriand*; trata á los reformadores de pedantes secos, incapaces de elevar un monumento de arte á su culto, falto de poesia: "¿Qué son sus templos? exclama el gran escritor. Salas de escuela ó catedrales que han desmantelado y donde ostentan su desnudez" (1).

Los más peligrosos enemigos de la Reforma son acaso los que ella alimenta en su propio seno. La pretension de los reformadores era convertir la

(1) MOEHLER, *Symbolik*, p. xxv y siguientes.

(2) VILLES, *Essai sur la Réformation*, p. xv.

(3) VOLTAIRE, *Essai sur les mœurs*, c. cxxvii; *Dictionnaire philosophique*, en la palabra *Citimat*.

(1) CHATEAUBRIAND, *Mémoires d'outretombe*.

cristiandad á las puras fuentes del Evangelio que habian enturbiado la ambicion y las pasiones mundanas de Roma. Esta reversion al cristianismo primitivo era una gran ilusion, y no tardaron en atestiguar los hechos que el protestantismo era un primer paso fuera del cristianismo histórico. Multitud de sectas surgieron, y algunas atacaron en su esencia la religion cristiana, negando la divinidad del Cristo ó debilitando esta creencia. *Bossuet* combatió la Reforma presentándole el espectáculo de sus variaciones incesantes y necesarias: "La herejía, dice, es siempre una novedad; y para conservar todavía mejor el título de nueva, innova diariamente y cada dia cambia su doctrina. La verdad católica, emanada de Dios, es desde luego perfecta; la herejía, débil produccion del espíritu humano, no puede formarse sino por piezas mal ajustadas, y los reformadores se ven obligados á reformarse diariamente, de suerte que no pueden decir cuándo acabarán sus innovaciones, ni se contentan jamás" (1).

En el punto á que hemos llegado en nuestros estudios sobre los orígenes y mision de la Reforma, nos es fácil responder á esos ataques. *Montaigne* dice que no valía la pena de hacer una revolucion por los pocos dogmas que separan á los católicos y los protestantes. Esta apreciacion desdeñosa es en el fondo la de todos los libres pensadores; implica el deseo y la esperanza de una revolucion más radical, que sería para los unos el racionalismo filosófico y para los otros la armonía de la razon y de la fe. Pero ¿era posible tal revolucion en el siglo XVI? Todavía es imposible en el XIX. Existen hoy gérmenes de una nueva creencia en la conciencia de los individuos; pero aún habrán de pasar muchos años antes de que estos átomos dispersos se reúnan para formar una religion, es decir, un lazo espiritual entre los hombres. En cuanto al racionalismo de los libres pensadores, no reemplazará jamás al cristianismo, porque no es una religion, y la religion es un elemento necesario de la vida humana. Lo que precisaba en el siglo XVI no era una doctrina filosófica; la filosofía habia hecho ya hartos estragos, conduciendo á las clases superiores á la incredulidad, mientras dejaba vegetar á las inferiores en las prácticas supersticiosas que las retenian bajo la dominacion absoluta de la

Iglesia; lo que precisaba era el renacimiento del sentimiento religioso; y hé ahí por qué exaltó la Reforma el poder de Dios y anuló al hombre, porque la religion no es otra cosa que la dependencia en que el hombre se siente respecto del Sér Supremo.

Con esto se responde á una torpe acusacion que los católicos dirigen al protestantismo al negarle toda virtud religiosa, no queriendo ver en él sino una simple negacion, una protesta contra los abusos de la Iglesia. Es incontestable que hay en la Reforma un elemento negativo, como sucede en toda revolucion: ¿no comenzaron los constituyentes del 89 por demoler el feudalismo antes de levantar el edificio de la libertad y de la igualdad? Los reformadores tenían también que demoler, pero no sólo simples abusos, como se dice, sino el fondo mismo de la religion católica. Bajo la influencia de las circunstancias en medio de las cuales se desarrolló, el catolicismo habia llegado á ser un sistema de fórmulas exteriores; de ello se aprovechaba el sacerdocio para apoderarse del gobierno de la sociedad, y un espíritu de casta reemplazó, por consecuencia, á la igualdad cristiana. Hé ahí lo que los reformadores tenían que destruir. Pero su mision no era puramente negativa; lejos de eso, consistia esencialmente en reanimar el sentimiento religioso; y esa era la razon por la cual exageraron los dogmas cristianos del pecado original, de la gracia, de la predestinacion, hasta el punto de negar la libertad humana. Y lograron su fin: el protestantismo satisfizo la necesidad de creer, y aún hoy es todavía un alimento para millares de creyentes. En el siglo XIX, como en el XVI, apenas consiste la religion de los católicos más que en ciertas prácticas exteriores que no dan alimento alguno á las almas; si se quiere encontrar el verdadero sentimiento religioso, hay que buscarlo en el seno de las comunidades protestantes.

Nada tenemos que responder á los ultramontanos; ya les hemos contestado previamente. La unidad católica es una falsa unidad; descansa en la suposicion de que la verdad, revelada por vía de milagro, debe llegar á ser la ley de todas las naciones, lo cual es un principio de dominacion que destruye juntamente la libertad del individuo y la independencia de los pueblos. Ya antes del advenimiento de los reformadores habian reivindicado los herejes la libertad de pensar con su heroico

(1) BOSSUET, *Histoire des Variations*, Prefacio.

martirio, y los pueblos habían rechazado el yugo que Roma quería imponerles en nombre del Cristo; mas una de las glorias de la Reforma es el haber roto definitivamente la falsa unidad del catolicismo, conquistando el derecho del hombre en el dominio de la conciencia é inaugurando la era de las naciones soberanas. Necesario ha sido para ésto un nuevo heroísmo, nuevos mártires, sangre derramada á torrentes; pero el sacrificio ha sido fecundo: hoy gozamos de los beneficios de la victoria; no lo olvidemos jamas.

Verdad es que, como dicen los católicos, ha conducido el protestantismo de variacion en variacion á una concepcion religiosa que no tiene ya del cristianismo histórico más que el nombre. Si se comparan las creencias de San Agustin y de Calvino con las de Channing, cuesta trabajo creer que procedan unas y otras igualmente del Evangelio; y, sin embargo, el unitarismo data de los primeros tiempos de la Reforma. Es, pues, verdad que la revolucion religiosa del siglo XVI era un paso fuera del cristianismo; pero, léjos de vituperarla por tal tendencia, vemos en ella un título de gloria. Maldecir la Reforma porque excedió del cristianismo sería maldecir la Providencia y las leyes que ha dado á la creacion. La humanidad está en estado permanente de trasformacion; que esta es una condicion de la vida. En realidad, y á pesar de sus pretensiones de inmutabilidad, el cristianismo obedece á esa ley que no tiene excepcion. El protestantismo no ha hecho más que patentizar la revolucion necesaria que se cumple en la religion como en todas las esferas de la actividad humana.

No puede ser ese el sentido de los católicos, quienes, por el solo hecho de creer en la revelacion divina de su religion, tienen que creerla eterna, como expresion de la verdad absoluta. Todas las demas manifestaciones del sentimiento religioso, las sectas protestantes como el mosaismo, el mahometismo y el buddhismo, no son, á sus ojos, más que desviaciones de la verdad, y, por tanto, males pasajeros. La Reforma es, pues, una cosa transitoria; los hermanos separados volverán al seno de la Iglesia ortodoxa; de aqui la polémica templada y casi benévola de *Bossuet*, quien pretendía que protestantes y católicos estaban de acuerdo en el fondo, y que sólo se trataba de renunciar á ciertas preocupaciones y de confesar la equivocacion para que pudiera llegarse á firmar el

tratado de alianza. Esas esperanzas no eran más que una ilusion, y el mismo grande hombre que las abrigaba tuvo ocasion de experimentarlo. *Bossuet*, el más protestante de los católicos, no llegó á entenderse con *Leibnitz*, el más católico de los protestantes. La experiencia es decisiva, prueba que la inteligencia es imposible; la separacion durará mientras exista la religion cristiana.

Nada hay que responder á las preocupaciones de raza. Habrá siempre hombres y pueblos que sentirán la necesidad de la unidad y continuarán siendo católicos, aún despues que hayan dejado de ser creyentes. Ejemplo la Francia: el siglo XVIII ha arruinado las viejas creencias, y, sin embargo, Francia está más léjos todavía de la Reforma que del catolicismo. Ha quedado católica por su genio, y necesita, no una religion de individualismo, sino una religion de unidad. Otros hombres y otros pueblos han nacido con la necesidad de la individualidad; pueden sufrir por más ó ménos tiempo el yugo de la unidad, pero acaban por romperlo, á riesgo de caer en la anarquía intelectual y moral. Tal es la raza germánica, que ha nacido individualista. El protestantismo es la expresion religiosa de esa tendencia. Se le han reprochado los excesos del individualismo; y, en efecto, pone la regla de las creencias en la Escritura interpretada por la razon de cada individuo, lo cual conduce al escepticismo en teoría y al egoismo en la práctica. Pero á su vez se puede hacer el reproche contrario á la unidad romana, el de comprometer la libertad del individuo y de las naciones. El ideal está en una armonía superior que satisfaga juntamente el individualismo germánico y el catolicismo latino.

Creía *Bossuet* arruinar el protestantismo patentizando las mil contradicciones de las sectas nacidas de la Reforma. Ya hemos dicho que el catolicismo no es uno é inmutable más que en la apariencia: que se compare la doctrina de San Agustin sobre el pecado original con la de Gregorio y Orígenes, y se hallará una diferencia tan grande como la que separa á los reformados de los católicos; que se comparen los escritos de San Agustin y de Lutero con los de los jesuitas, y pasará ciertamente por protestante el Padre de la Iglesia. ¿Dónde están, pues, esa unidad, esa inmutabilidad tan ponderadas? Si las variaciones son más pronunciadas y numerosas en el seno del protestantismo, la razon es bien sencilla: es que tal era su

mision. La Reforma es una apelacion á la razon individual contra la autoridad de la tradicion, y queda, por consiguiente, abierto el campo á las revoluciones y á las contradicciones. Pero ¿qué importa? Más vale la inconsecuencia de los protestantes que el rigor lógico de los ortodoxos, porque en los errores del protestantismo hay un elemento de libertad, mientras que en la inmutable verdad del catolicismo hay un principio de servidumbre. Al romper la unidad católica, la Reforma ha roto las cadenas del espíritu humano: á la inmovilidad que mata, porque viola las leyes de la naturaleza, ha sucedido el progreso, que vivifica, porque responde á las necesidades de la naturaleza. La humanidad se habría petrificado en el seno de la unidad romana; y con la Reforma ha vuelto á emprender su marcha laboriosa, pero progresiva, hácia el término de sus destinos. Verdad es que en la doctrina del progreso hay que renunciar á poseer la verdad absoluta; mas la verdad absoluta es sólo una ilusion; nada hay de absoluto para la criatura; sólo Dios es la verdad absoluta, sólo Dios la comprende; el hombre tiene por fin acercarse á ella mediante el lento trabajo de las generaciones.

Tocamos con esto al punto que, en nuestro sentir, caracteriza la Reforma. Más facil es responder á los adversarios del protestantismo que precisar su verdadera mision; pero nos parece que esto es ya ménos difícil en el tiempo en que vivimos. Hay una regla que nos sirve para apreciar los hombres y las cosas: si un hombre ha guiado á la humanidad hácia el camino de lo porvenir, lo estimamos grande entre los grandes; y admiramos y glorificamos una revolucion cuando ha hecho dar á la humanidad un paso hácia el término de sus destinos. Ahora bien, nuestra conviccion es que la Reforma ha sido uno de esos gloriosos movimientos del espíritu humano.

## § II.—Progreso realizado por la Reforma.

Produjose en la revolucion del siglo XVI la creencia de una revelacion progresiva; pero tomó una forma tan repugnante, que los reformadores la repelieron con aversion. Esta forma fué el misticismo que se pretendía iluminado por una revelacion interior y que condujo á sueños insensatos y á un cruel fanatismo. Los protestantes eran llevados, de otra parte, por la fuerza de su principio,

á negar el progreso en materia de religion. Procediendo de la revelacion milagrosa producida por la encarnacion del Hijo de Dios, debían ver en el Evangelio la verdad absoluta, el pan de vida de que habían de alimentarse los hombres hasta la consumacion de los siglos (1). Un cristianismo perfectible ó una religion más perfecta que la del Cristo era, pues, una herejía, y la peor de todas, á los ojos de los reformados como á los de los católicos. Mas hoy dicen los protestantes que lo que distingue fundamentalmente el catolicismo de la Reforma es que el uno representa la inmovilidad y la otra el progreso, oponiendo esta barrera infranqueable á toda tentativa de conciliacion fundada en la identidad de las dos creencias: que "es imposible unir en una misma confesion á los que quedan inmóviles en lo pasado y á los que marchan resueltamente hácia lo porvenir," (2). Es decir, que el cristianismo deja de ser para los protestantes una doctrina fija, inmutable, y que, trasformándose con las necesidades, con el desarrollo intelectual y moral de los pueblos, es el protestantismo una religion progresiva. ¿Cómo ha podido introducirse la idea del progreso en una doctrina religiosa fundada sobre la revelacion?

Católicos y libres-pensadores se complacen en reprochar al protestantismo su incurable inconsecuencia, y no sin razon, porque en el fondo es la negacion de la doctrina que pretendía únicamente reformar. Replican contra esta acusacion los protestantes que Lutero y Calvino fueron los valerosos campeones de la divinidad del Cristo contra los sectarios que surgieron en el movimiento tumultuoso de la Reforma, y que, negando al Hijo de Dios, negaban, por consecuencia, el cristianismo. Verdad es que los reformadores tenían la revelacion por punto de partida; pero verdad también que la revelacion no tiene ya base sólida en su doctrina.

El catolicismo descansa sobre la tradicion, que, encarnada en la Iglesia, es el más sólido fundamento del origen divino del Evangelio, y, por decirlo así, su prueba viva. En este sentido decía San Agustin que creía en la Escritura porque creía

(1) Lutero dice: «Aber doch muss der christliche Glauben bleiben bis an der Welt Ende» (HAUSS POSTILLA, *Œuvres*, tomo XVI, p. 316).

(2) BAUR, *der Gegensatz des Katholicismus und des Protestantismus*, p. 402.